

EL JUVENIL

QUINCENARIO DE LA JUVENTUD

AÑO I

SAN JOSÉ, 15 DE SETIEMBRE DE 1914

NÚMERO 10

15 de setiembre

SALVE! Patria amada!

Hoy es día de regocijo porque nuestra Costa Rica celebra el aniversario de su independencia.

Rotas las cadenas opresoras hace cerca de diecinueve lustros, quedó libre como los pájaros de sus selvas y los torrentes de sus ríos.

Libertad! Bendita y santa Libertad que hemos sabido conservar por tantos años aún a despecho de las águilas de la conquista que eternamente tienen sus garras en acecho!

Día de gala y de regocijo.

En lo alto de los edificios el pendón tricolor flamea gallardamente con ondulaciones que parecen restallar sobre el azul del cielo; el sol mismo se diría que brilla con más fuerza para exaltar esta epopeya de la Libertad; las flores exhalan sus más preciados aromas, y flota en todo el ambiente un hálito de entusiasmo y alegría.

En el día de hoy, la Patria, como una madre cariñosa, olvida sus angustias y desastres y tiene para todos sus hijos una sonrisa de felicidad.

¡Sí! Sus angustias y desastres! Porque esta Costa Rica bella y grande, ha tenido hijos ingratos que la olvidan y la desprecian.

¡Oh! Pobre Patria mía!

¡Cuántas veces la torpeza y el egoísmo de tus hijos te ha arrojado de abismo en abismo, de peligro en peligro; cuántas veces tus destinos han estado en manos inexpertas y torpes; cuántas veces

has visto la garra del águila en acecho pronta a devorarte como presa fácil!

Pero, dichosamente, aún podemos estar orgullosos de conservar el legado precioso de *Libertad* que recibimos de nuestros antepasados y, cuando la gélida mano de la muerte vaya a cerrar para siempre nuestros párpados, les diremos a nuestros hijos: "Ahí os dejamos una Patria libre y grande como la recibimos de nuestros padres: conservadla lo mismo, aún a costa de vuestra sangre para que los hombres de mañana no se avergüencen de sus antepasados."

Y, así, de generación en generación, los hijos de esta amada Costa Rica sabrán mantener impoluta la preciosa libertad.

Día de gala el de hoy!

Día que dedicamos a la Patria, ofrendándole nuestros mejores y más bellos pensamientos.

Y, para el viejo león ibero, para la España que nos dió su lenguaje armonioso y dulce y su exquisita cultura, para esa tierra de héroes y de poetas y de mujeres hermosas con ojos como soles y hombres con corazón de niño y brazo de acero, para esa tierra que "tuvo al sol preso en sus castillos" y que llena las más gloriosas páginas de la Historia Universal, para esa España grandiosa, tenemos también en el día de hoy, un ramillete de flores de nuestro pensamiento que le ofrendamos con hidalguía!

La mano que deshizo el encanto

Me miran muy extraño unos ojos verdes y claros; ojos de demonio que me inquietan y me atraen. Es una atracción de abismo que me causa horror y, sin embargo, no puedo evitarlos; los busco, los amo con delirio, los odio en ratos.

Ojos verdes de demonio, fascinadores ojos de serpiente, cuyo estufo no puedo resistir. ¡Quiero huir de ellos; pero en vano!

Me parece verlos muy de cerca, incendiándome con sus miradas magnéticas que

me penetran por todos los poros como agujas invisibles.

Mis nervios estremecidos vibran como diapasones mágicos. Los veo más de cerca: ya no son verdes; son de un color extraño: están llenos de globulitos negros como manchas imperceptibles de carbón y globulitos rojos como sapicaduras de sangre... Veo en su superficie una red de arterias más sutiles que un cabello. Me acerco más, casi hasta confundirme en ellos y noto la palpación rítmica de esas arterias.

Me da horror tanto abismo y me aparto. Entonces, ya de lejos, vuelven a ser otra

vez mis bellos ojos verdes y claros.

Ahora los veo que me sonríen y me llaman, pero no puedo acercarme ya. Siento el vértigo del infinito...y me parece caer de alto, muy alto!

Pero entonces, el roce de una caricia de seda sobre mi frente febril, me vuelve a la realidad.

Ah!...Eres tú! Mi linda diablesa...

La pobre velaba mi sueño de enfermo.

Y, tomando su rostro sonriente entre mis manos, besé su boca purpurina con la misma ingenuidad con que le dí el primer beso de novia.— JEVALE

Después de la guerra

Pobres mujeres!

*Para la inteligente señorita
Marta Pacheco, con todo respeto.*

—
Esa turba de infelices rapazuelos que son los ingenuos portadores de la civilización hecha letras de imprenta, alegremente van pregonando por la calle el diario con todas las noticias del día y en su incensata candidez dicen: "entrada de los alemanes a Inglaterra y la Gran Bretaña"! (*) —Gerardo Vega C.

La guerra con sus crímenes todo lo arrasa, todo lo destruye y mata. Y después cuando la paz vuelve, todo vuelve a la vida, todo nace otra vez y vuelve con mejores bríos para crecer de nuevo, porque la guerra aunque destruye y mata, transforma evolucionando, revolucionando.

Casi podríamos decir, pues, que tras la guerra cesan todos los males; porque el trabajo vuelve a ser la ocupación cotidiana de las multitudes; porque las armas tornan a dormir al armero; porque el corcel vuelve a la llanura, o al monte, o a la cuadra a recuperarse de tantas fatigas, porque el fiel can que estuvo esperando por largos días a la puerta de la casa, sin dormir, casi sin comer, triste, muy triste por la larga ausencia, vuelve a su vida contenta que había perdido y saltando y con gemidos que duelen, llora de alegría; porque se vuelve a estrechar al hijo, a besar a la esposa, a amar a la madre; porque los bravos guerreros vuelven al solar de los eternos recuerdos, donde de niños corrían por la tierra en barbecho, o por la plaza del pueblo, o por la alegre calle en donde estaba la escuela y vuelven a ver de nuevo el lindo ensueño del

Gran Bretaña e Inglaterra significa lo mismo.

porvenir, retratado en el bello semblante de la muchacha que los quiere con amor inmenso, porque orgullosos llegan a descansar de haber cumplido *con un deber*.

* * *

Y ese gran día de la paz,—que es nuestro sueño,—forzosamente tiene que acercarse, lleno de sol, opulento de oxígeno, con grandes llanuras que labrar, como lo deseara aquel bello y triste personaje de Gorki a la orilla del mar, en la estepa rusa; sí ese día tiene que llegar, como un gran paño de lágrimas para enjugar el llanto del pueblo europeo que ahora sufre...

* * *

Mas pensemos en lo que esa sangrienta guerra ha costado y cuesta aún, y sin mucho escudriñar, fijemos nuestra atención en aquellas pobres mujeres que la batalla deja huérfanas o viudas y que por el mucho respeto que merecen en su desesperante soledad son dignas de todo nuestro amor...

LEJOS...

Llueve... muy lejos se escucha la tormenta; a cortos intervalos el cielo se ilumina con la rojiza luz del rayo al que sigue un estruendo prolongado.

La campana del reloj vecino ha marcado la media noche, y no se escucha más ruido que el producido por la lluvia, ruido que es cortado por los truenos de la tormenta lejana.

La naturaleza toda parece envuelta en un momento de desolación, la actividad humana descansa de las fatigas del día, y las estrellas se ocultan entre espesos nubarrones.

La tormenta es lejos...muy lejos...y sin embargo su ruido llega hasta mis oídos.

Un hombre en cuyo rostro se dibuja un gesto de espanto, le

parece temer a la tormenta; cada trueno le confunde y aterra, cada relámpago que ilumina su rostro le hace ocultar la cara entre las manos. Dentro del cerebro de aquel hombre existe también otra tormenta producida por sus propios actos.

Ruge fuera la tormenta, se desencadena la cólera divina en la naturaleza, y en el rostro de aquel hombre se dibuja la cólera humana, los truenos; son recuerdos del pasado en aquel pobre cerebro y el conjunto todo de la tormenta le hace temblar y sentir el miedo horrible del culpable.

El no duerme, en su lecho sostiene encarnizada lucha con sus actos del pasado, y desfilan por su mente todos los recuerdos de sus infamias, una a una sus víctimas desfilan por su vista, y las manos de los amigos se alzan encrispadas, haciendo los puños y pidiendo venganza.

* * *

El tiempo ha pasado, las primeras horas del día empiezan y las actividades humanas van saliendo poco a poco de su descanso, para entregarse a las fatigas diarias.

La tormenta ha pasado y el sol clarea ya en el oriente, dando sus fulgores de calor y vida a la naturaleza, el movimiento diario principia en las grandes ciudades mientras en el campo los labriegos con sus herramientas bajo el brazo caminan a surcar la tierra. La tormenta de hace unos pocas horas ya no existe, el cielo se ha despejado y muestra su infinita bóveda azul.

Dentro del cerebro de aquel hombre ruge siempre la tormenta, siempre está la tempestad que le mortifica y le aniquila, que le espanta y aterra, porque las tormentas humanas siempre desesperan a los culpables, mientras los inocentes ven con serenidad blandirse sobre sus cabezas las tormentas que se desatan a su alrededor.

GUITRIFER

Mayo 22 de 1914

El Redactor se retira

Sr. Hernán Valverde L.
Pte.

Pongo fin a mi tarea, joven luchador; pero no desmayes ni un momento en las circunstancias más terribles de vuestra campaña, que es tan noble como vuestros sanas intenciones.

Ojalá que más tarde, cuando tengas sobre vuestra cabeza la corona de oro purísimo y brillante que quizá os ceñirán, lleguen a vuestros recuerdos las horas santas de la juventud, hondas como el abismo y oscuras como la noche para quien no las ve.

Recuerda, compañero, que los grandes monumentos humanos se han elevado sobre las ruinas del Universo, para desde allí redimir el cansancio de los dolores humanos.

¡Oh dicha! ¡Que placer pensar en que existen hombres que sacian con sus obras!

Ahora, joven amigo, me despidió de EL JUVENIL de mis ensueños, y lo dejó en vuestro cargo para que luches con más ahínco.

No desmayes.

Fraternalmente,

Napoleón Pacheco S.

Contestando

El haber quedado en mis manos depositada del todo esta obra periodística que entre los dos habíamos emprendido, no me causa el desmayo; la continuaré todavía con más empeño porque la lucha se hace ahora mucho más difícil.

Demasiado pesar me causa, y sin duda también a los favorecedores, la separación de este joven, que ha sido, es y será un leal compañero.

Imprenta "El Pueblo"

El precipicio y la altura

Especial para EL JUVENIL

*Para mi hermana Nina,
cariñosamente.*

Todas las difíciles empresas, en el pesado transcurso de su efectucción y aún, desde el momento mismo en que salen del cerebro cual luminosas y fecundantes chispas emanando el espiritual fluido de la sana inspiración, van apareciendo en pugna—de fuerzas extrañas que les sirven de reales obstáculos en su camino de difusión y alumbramiento.

La claridad esplendente poco valdría si no estuviese envuelta por el crudo enfajado de la oscuridad, en el que se admira—como en materia envolvente de estupendas maravillas—el precioso contenido abrazado por sus sombras. Sin la variedad—secreto divino que hizo nacer de la inconcebible nada el contraste, hacedor de las diversas formas de cuanto hay—la vaguedad inmensa de lo uniforme habría mantenido en su infinito y tenue seno, la portentosa riqueza de lo claro y lo oscuro comparados; de lo bueno y lo malo en excelente oposición; de lo bello y lo feo engendrado, para bien de la fina visualidad del hombre, el parangón entre la opacidad infamante del vicio y la delicada transparencia de la virtud purísima.

¡Cuánto, cuánto menos desearía la recta ley de la equidad, si no existiese como ha existido en todas las etapas de la historia; su displecente polo opuesto, que alza con suprema majestad sus relieves de acerada hechura!

La hipocresía; la envidia; el terrible veneno—de tantos humanos corazones compañero desde el embozamiento de sus figuras en el germen—denominado egoísmo; la lodosa charca de las pasiones vituperables del hombre, de la que, emanaciones nauseabundas se desprenden para trasmitir a la atmósfera la amarga templanza de la rastrera triquiñuela y el nefasto servilismo, sirvieron a Esquilo para encender su genio, cual tabulosa antorcha cuyos blanquesinos rayos—aquende del Mediterráneo—provocan la admiración de un rey egipcio, y la aquilatada unificación de las más linajudas generaciones del humano entendimiento en el futuro insondable. Si no existiese la sublime variedad de lo creado, las grandes alturas que con groseros penascos guardan en sus cimas, vírge-

nes masas de albísima nieve cuajada por los ósculos de la enrarecida atmósfera, estampados silenciosamente sobre las poliformes asperezas, no enseñarían en sus formidables pies, el espantoso precipicio a donde caen furiosos sus innúmeros desechos, atraídos por sí con el satánico deseo de la impotencia.

Mientras exista un ojo que aceche la ascensión airoso de un corazón hacia el bien; mientras la envidia mire el irresistible crecimiento de un cerebro esplendoroso hacia la tangible idealidad; mientras no sucumban los hombres que nieguen el evidente valor del ajeno esfuerzo e inteligencia para calmar la ambición de sus almas prostituidas, cuente el hombre sano y bueno para su progreso con un gran estimulante—PARTÍCULA DEPENDIENTE DE LA LEY DE LAS OPOSICIONES—que enrojece al más puro metal de la obra que se empieza, cual la fragua al hierro.

MOISÉS VINCENZI PACHECO

1º de setiembre de 1914

El Redactor

Al retirarse del periódico, da las más expresivas gracias a todos los favorecedores y amigos del vocero.

Notas de la Redacción

El presente número lo hemos sacado a dos tintas, por ser el día de la patria. Aunque no está como pensábamos por unas dificultadas imprevistas con que hemos tropezado, está un poco lujoso, lo cual prueba nuestro esfuerzo.

Habiéndose retirado el Redactor como ya es sabido, para toda cuestión con respecto al periódico, hay que entenderse con su Director y Admor., al cual se le debe dirigir la correspondencia.

Volvemos a repetir que como ahora hay solamente suscripciones mensuales, los recibos se cobrarán antes de recibir el segundo número.

RESERVADO
para la Sastrería
Gonzalo Artavia

Los naufragos

(Continuación)

Claudio, el más rubiecito, corrió como para su casa y un tanto antes de llegar, tropezó y cayó. Su hermano esturolista y al alzarlo vió una botella cerrada y con algo adentro; tomándola se dirigió donde su madre; la pobre señora estaba casi trastornada; desde la madrugada habían partido su esposo y su hermano y no parecían.

Con los ojos llorosos abrió la botella, y al enterarse de su contenido, casi sufre un desmayo — Dejando a los chicos en la casa y dándoles un beso, se dirigió a la vivienda de su padre, otro pescador que vivía un poco cerca.

Al leer el pobre anciano la carta, corrió hacia su barca, y empujándola en el momento en que se subía, se alejó de la playa.

Los naufragos estaban completamente extenuados y ya no tenían valor ni para levantarse. — De pronto uno de ellos se sobrepuso y se iba a arrojar al mar; pero al divisar la barca se contuvo y lanzó un grito de sorpresa. Poniendo sobre aviso a sus compañeros, con las fuerzas que les había dado la alegría, empezaron a saltar sobre la roca.

Llegado el anciano, todos se embarcaron, colmándolo de agradecimientos y fueron conducidos a la playa, donde los esperaban ansiosas sus respectivas mujeres e hijos.

Así es la vida, un inmenso mar cargado de olas; a veces naufragamos; pero si somos buenos, llega hacia nosotros un barco salvador.

HERVALÓN

Zapatería

R. Aquiles Sánchez

Calle Central Sur

En el mar

(Continuación)

—¡El chico! ¡El chico!... ¡Mi Antoñico!

El compadre torció el gesto tristemente. ¿No estuvieron ellos próximos a ir al agua? Atolondrado por algún golpe, se había ido al fondo como una bala. Pero el compañero, aunque pensó todo esto, nada dijo.

Los ojos, en el sitio donde la barca había estado próxima a zozobrar, flotaba un objeto negro sobre las aguas.

¡Allá está!

Y el padre se arrojó al agua nadando vigorosamente, mientras el compañero amainaba la vela.

Nadó y nadó, pero sus fuerzas casi le abandonaron al convencerse de que el objeto era un remo, un despojo de su barca.

Cuando las olas le levantaban, sacaba el cuerpo fuera para ver más lejos. Agua por todas partes. Sobre el mar estaba sólo estaba él, la barca que se aproximaba y una curva negra que acababa de surgir y que se contraía espantosamente sobre una gran mancha de sangre.

El atún había muerto... ¡Valiente cosa le importaba! ¡La vida de su hijo único, de su Antoñico, a cambio de aquella bestia! ¡Dios! ¿Era esto manera de ganarse el pan?

Nadó más de una hora, creyendo a cada rozamiento que el cuerpo de su hijo iba a surgir bajo sus piernas, imaginándose que las sombras de las olas eran el cadáver del niño que flotaba entre dos aguas.

Allí se hubiera quedado, allí habría muerto con su hijo. El compadre tuvo que pescarlo y meterlo en la barca como un niño rebelde.

—¿Qué hacemos, Antonio?

Él no contestó.

—No hay que tomarlo así, hombre. Son cosas de la vida. El chico ha muerto donde murieron todos nuestros parientes, donde moriremos nosotros. Todo es cuestión de más pronto o más tarde... Pero ahora, a lo que estamos; a pensar que somos unos pobres.

Y preparando dos nudos corredizos apresó el cuerpo del atún y lo llevó a remolque de la barca, tiñendo con sangre las espumas de la estela.

El viento les favorecía, pero la barca estaba inundada, navegaba mal, y

los dos hombres, marineros ante todo, olvidaron la catástrofe, y con los achicadores en la mano, encorvándose dentro de la cala, arrojando paletadas de agua al mar:

Así pasaron las horas. Aquella ruda faena embrutecía a Antonio, le impedía pensar; pero de sus ojos rodaban lágrimas y más lágrimas que, mezclándose con el agua de la cala, caían en el mar, sobre la tumba del hijo.

La barca navegaba con creciente rapidez, sintiendo que se vaciaban sus entrañas.

El puertecillo estaba con a la vista con sus masas de blancas casitas doradas por el sol de la tarde.

La vista de tierra despertó en Antonio el dolor y el espanto adormecidos.

—¿Que dirá mi mujer? ¿Que dirá mi Ruína?—gemía el infeliz.

Y temblaba como todos los hombres enérgicos y audaces, que en el hogar son esclavos de la familia.

Sobre el mar deslizábase como una caricia el ritmo de alegres vales. El viento de tierra saludaba a la barca con melodías vivas y alegres. Era la música que tocaba en el paseo, frente al Casino. Por debajo de las achataadas palmeras desfilaban, como las cuentas de un rosario de colores, las sombrillas de seda, los sombreritos de paja, los trajes claros y vistosos de toda la gente de veraneo.

Los niños, vestidos de blanco y rosa, saltaban y corrían tras sus juguetes, o formaban alegres corros girando como ruedas de colores.

En el muelle se agolpaban los del oficio: su vista, acostumbrada a las inmensidades del mar, había reconocido lo que remolcaba la barca. Pero Antonio sólo miraba al extremo de la escolera a una mujer alta, escueta y negruzca, erguida sobre un peñasco, y cuyas faldas arremolinaba el viento.

Llegaron al muelle. ¡Qué ovación! Todos querían ver de cerca el enorme animal. Los pescadores, desde sus botes, lanzaban envidiosas miradas; los pilletes, desnudos, de color de ladrillo, echábanse al agua para tocar la enorme cola.

Ruína se abrió paso entre la gente, llegando hasta su marido, que con la cabeza baja y una expresión estúpida oía las felicitaciones de los amigos.

—¿Y el chico? ¿Donde está el chico?

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Continuara)